

## La rebelión contra el tiempo: metáfora de los exiliados de Antonio Rodríguez Huéscar

**Lavon Malcolm**

*universidad padovae, Italy*

Email: [lavon@gmail.com](mailto:lavon@gmail.com)

### Abstract

Se trata de reflexionar sobre la experiencia de exiliados que vivió Rodríguez Hués-car desde el final de la guerra civil. Para ello realizo el análisis de un texto escrito en 1951 sobre el paisaje de su tierra manchega, interpretado como metáfora de su experiencia en un paisaje devastado por una guerra. Y, en paralelo, se narran las circunstancias de la vida de Huéscar que justifican el uso de la expresión "exilio interno" junto con el exilio o emigración a Puerto Rico que realizó de 1956 a 1971.

**Palabras clave:** Exilio interior, paisaje, Ortega y Gasset, Don Quijote,.

### A. INTRODUCCIÓN

1951 no fue un año de especial trascendencia en la vida de Rodríguez Huéscar. Por el contrario, las fechas que destacan en su trayectoria biográfica en relación al exilio o exilio o emigración, de las que me propongo hablar, son 1938, 1956, 1971 y 1990.

Y son porque marcan los hitos de sus alteraciones existenciales: 1937: herido en el frente republicano, una convalecencia prolongada le permite no reincorporarse. El final de la guerra civil lo sorprende en una pequeña localidad de Ciudad Real, Torre de Juan Abad, donde ejercía de profesor. 1955 es el comienzo de su emigración a Puerto Rico. Debería haber comenzado a enseñar en el 56 de enero. 1971, es la fecha de su regreso a España y de su incorporación como profesor en la escuela secundaria. 1990, año de su muerte.

1951, sin embargo, me interesa porque es el año en el que escribe "Homo Montielensis. La rebelión contra el tiempo", aunque no se publicará, y fuera de España, hasta 1958.

Aunque la guerra civil está lejana cronológicamente, algo más de una década, quizás no esté del todo ausente en la intencionalidad de su autor, aunque el tema no la sugiere en principio: una reflexión sobre el paisaje y el hombre que lo habita. El paisaje es su paisaje, el del Campo de Montiel, al sur de La Mancha, próximo a las estribaciones de Sierra Morena. El autor es consciente de que dirá cosas intensas, duras, provocativas y se disculpa por ello. Hablar de unas líneas desordenadas, expresión de ideas y sentimientos que me asaltaron hace mucho tiempo,

deambulando por este dramático paisaje de La Mancha que tanto amo y cuyas entrañas significativas traducen tan aceradas esencias del español.

La lectura que propongo hacer del ensayo sobre el hombre de Montiel se divide en tres niveles: el biográfico, el político y el metafísico. Espero mostrar que la diferencia analítica de los planos mencionados se subsume en una única perspectiva sintética que, en mi opinión, refleja exactamente el punto de vista desde el que se contempló el paisaje manchego, un día del verano de 1951, en un La hora determinó que obviamente no puedo precisar: desde el alejamiento de un exilio no sólo material o político sino metafísico.

Es el paisaje de la infancia y la juventud definitivamente dañado por una guerra que destruyó no solo oportunidades vitales y esperanzas razonables, sino el ser mismo de ese mundo al que uno nunca podría regresar, por mucho que se haya hecho el gesto de regresar. Quizás el verdadero desastre de una guerra no sea destruir el futuro, que de alguna manera se rehace, sino el pasado, y no el pasado lejano, sino el más cercano a la circunstancia presente, el que, en condiciones normales, le sirve de suelo. de donde vivir. Porque el superviviente pronto descubre que el mundo para el que vivió y para el que hizo planes ha dejado de existir.

Empezaré por el plano biográfico: se trata del paisaje familiar de su infancia y primera adolescencia hasta que se va a estudiar a Madrid, desde donde vuelve periódicamente a la casa familiar, en Fuenllana, a pocos kilómetros de Villanueva de los Infantes. Este pueblo, donde Francisco de Quevedo terminó sus días, se menciona en sus escritos. El plano metafísico es la razón de ser del texto, y donde se resuelve su intención más profunda, como espero mostrar. Huéscar desarrolla una teoría del tiempo vital basada en la metafísica de su maestro Ortega. Cabe señalar que no estamos ante un mero ejercicio escolar, ya que no se limita a presentar una teoría ya empaquetada, sino que realiza un arriesgado ejercicio de especulación a medio camino entre la metafísica y la filosofía de la historia y, apresurando un poco el proceso. psicología de los pueblos. En cuanto al plano político, es la presencia no declarada, aludida y implícita. El texto permanecerá inédito hasta que pueda publicarse lejos del paisaje físico y humano que lo inspiró, al otro lado de un océano.

El escritor es alguien involucrado, incluso afectado, por el paisaje, ante el que reacciona no solo intuitiva y sensiblemente, sino sobre todo intelectualmente. Quien escribe es filósofo o espera serlo. Si, como suele decirse, el estilo revela al hombre, detengámonos un momento en las pocas líneas mencionadas al principio: el paisaje contiene una entraña, es decir, una intimidad que es de significados, es decir, de significados que corresponden. al filósofo. revelar; y lo que habrá que desvelar son esencias traducidas de la españolidad, es decir, trasladadas del paisaje particular de La Mancha a un sentido general del ser de España, su realidad histórica.

Notamos que Rodríguez Huéscar se preocupa por usar el lenguaje con precisión, con una voluntad que promete no quedarse en la superficie de las cosas. Por eso, como siempre ha sido tarea de la filosofía llegar al fondo de las cosas, comencé señalando que el autor del texto era o pretendía ser filósofo. Es cierto que en cada época la forma en que se ha afrontado la tarea de

desvelar lo oculto ha sido diferente. Pero la tarea ha sido la misma desde que la emprendieron los presocráticos y que nuestro autor aborda aquí con toda humildad pero también con toda determinación.

¿Estamos ante una confesión? ¿Huéscar se habla a sí mismo de la mitad de su constitución vital, la otra de sí mismo, de un paisaje habitado? Es la mitad que no ha elegido, el lote que le ha tocado de suerte hacer su vida, como fue su cuerpo, su lengua y su familia, y la fecha de su nacimiento, lo que determinaría que cuando tenía 24 años a los años estallaría una guerra, es decir, lo que Ortega llama "circunstancia".

Por tanto, ahora estamos en Fuenllana, entre Montiel y Alhambra. Salgamos al campo por el lado de Montiel. Ante nosotros se extiende una amplia llanura que se ondula suavemente: lóbregos, misteriosos barbechos y crueles rastrojos ocupan toda la tierra, caprichosamente parcelada. Todo el verdor ha sido abolido por el terrible sol y la piel de la tierra parece chamuscada y torturada, llena de lágrimas y pústulas. Sólo tres álamos, como tres finas plumas, se alzan allí lejos, entre la geometría horizontal de las tierras áridas, aspirando heroicamente al verde utópico (HM, 313).

Es verano, probablemente agosto, y eso explica por qué el paisaje sufre bajo la "terrible solanera", pero no es difícil ver que hay un motivo oculto en la descripción. Huéscar ya está pensando en el hombre que habita el paisaje y lo que es más importante, piensa en el significado oculto de ese paisaje manchego que forma parte de España. Declara la intención: ha tomado la pluma para evocar su paisaje familiar, atormentado -para usar su término- "por esa necesidad que cada español tiene de desentrañar su propia sensación de España" (HM, 311).

## B. REVISIÓN DE LITERATURA

Un profesor que imparte Filosofía en una escuela privada, la escuela Estudio4, que finalizó brillantes estudios de Filosofía en la mejor Facultad de Filosofía y Letras de la historia de España, que aprobó un curso de oposición a cátedras de instituto en junio de 1936; que se movilizó como militar de la Segunda República, que acabó con la guerra convaleciente en un hospital de Valencia de una lesión en la pierna y que tardó en curar, más las heridas del alma que del cuerpo.

Después de la guerra fue reconocido por la oposición y con pocos medios de vida salió de Madrid hacia Tomelloso para hacerse cargo de la dirección de un colegio secundario y multitud de asignaturas. Por tanto, no pudo reanudar sus estudios de filosofía. Su ambición era iniciar un doctorado para profundizar en la filosofía de Ortega. Pero con los profesores de su facultad muertos o exiliados, con sus compañeros, aislados unos de otros, era prácticamente imposible pensar en reanudar los estudios. Del otro lado estaban las necesidades familiares. Antonio estaba casado y tenía una hija, Elena. Conocemos algunos detalles de la vida cotidiana de Antonio y su familia en la década de 1940 por una carta que le dirigió a Ortega cuando le llegó la noticia de su regreso a Europa y su instalación en Lisboa:

Creo que esta es la primera vez que me acerco a usted en una actitud casi suplicante; al menos, en actitud de desnuda angustia, presentando abiertamente mi intimidad personal. (...) Han pasado años preñados de hechos que han modificado profundamente la posición en el mundo, la vida de cada uno. Y después de todo esto sería ridículo para mí intentar ahora reanudar una de esas conversaciones de "discípulos". (...) Si quisiera expresarte con una sola palabra el precipitado vital que me han dejado estos años peligrosos y terribles, creo que lo más adecuado sería este: la bajada. Así es como me siento acerca de esta parte de mi vida: como un declive o una depresión. Estos años no han tenido ninguna fertilidad para mí; Los siento tan estériles que siempre tiendo a pensar en ellos bajo la imagen de un paréntesis, un paréntesis que aún no se ha cerrado, una imagen que entiendo no puede ser exacta. (...) Mi temperamento, que no debe ser muy fuerte, el clima de violencia acusa invariablemente un aire catastrófico y letal; en él siento que todos los resortes de mi actividad están paralizados. No sé hasta qué punto soy responsable, culpable, de esta incapacidad para reaccionar enérgicamente. Muchas veces, de hecho, percibo el mordisco de esta culpa (...) Durante nuestra guerra, no puedo decir que mi suerte haya sido muy mala, ya que yo vivo, y esto de vivir, era en ese momento la máxima aspiración del personas. Sin embargo, durante esos tres años viví casi exclusivamente bajo las sensaciones de un animal cazado (...) En fin, tuve que pasar por miserias, sobresaltos y sobresaltos que me dejaron maltrechos los nervios. Yo no fui de los afortunados que encontraron una embajada acogedora o una "protección" oficial o extraoficial en la que esconderse y de cuya sombra seguiría más o menos tranquilamente sus actividades, pero tuve que afrontar el vendaval que estaba exclusivamente en yo mismo.

Después de la guerra, me encontré ante la necesidad de ganarme la vida —una vida cada día más cara— impartiendo clases; y esto es lo que he hecho y sigo haciendo. Pero este trabajo es tedioso y no deja suficiente tiempo libre para hacer otras cosas; Además, la vida es dura y difícil; así que no he hecho nada beneficioso en todo este tiempo. En realidad, mi crisis nerviosa aún no ha pasado, aunque poco a poco voy logrando recuperarme (...). Además, las pequeñas ventajas materiales conseguidas sobre Madrid son demasiado caras, ya que valen el precio de una soledad en el desierto. Esta soledad, esta falta de aire intelectual, aquí es absoluta y sofocante. Por lo demás, tampoco en otros lugares -incluso en Madrid- pasa algo muy diferente (...) ¿La guerra tuvo la culpa de este tipo de colapso de nuestra generación? Sabrás esto mucho mejor que yo. Quizás todavía no se pueda hablar de colapso, quizás todavía no haya pasado nada definitivo, pero sin duda algo ha fallado aquí, algo fundamental se ha roto. Esa, al menos, es mi impresión.

El lector apreciará que el interés de la cita justifica su extensión. De hecho, pocas veces es posible concretar una fórmula abstracta, como todas las que se refieren a experiencias de vida, en sus contenidos más reales y auténticos. Ahora es posible hacerse una idea de lo que puede significar la expresión "exilio interno", si no como una experiencia universal, sí en el caso de la generación de los que perdieron la guerra y se quedaron en España. Inseguridad, interina, autodesprecio y

mala conciencia, vacío existencial, aislamiento, más que soledad, resentimiento, impresión de fracaso ... Pero está el hecho mismo de la carta y que fue enviada; es decir, existe la voluntad de hacer algo para acabar con la situación de frustración e impotencia. Como observa Eva Rodríguez Halffter, el tono de la carta es firme y hasta amenazante. Esto solo puede significar que Antonio se está preparando para luchar a pesar de la falta de hospitalidad del panorama que tiene ante sí.

De hecho, no fue fácil ser ortegiano en la posguerra de Franco<sup>8</sup>. Podríamos evocar que Julián Marías tenía suspendida una tesis doctoral sobre un clérigo francés, el padre Gratry, dirigida por Xavier Zubiri para hacernos una idea de cómo eran las cosas. Pero Ortega estaba allí, gravitando con su prestigio relativamente intacto. Las pocas ocasiones en las que Ortega hizo acto de presencia en público fueron ignoradas por la prensa. No debemos dejarnos engañar por el hecho de que, durante algún tiempo, antes de perder el poder cultural de los llamados “falangistas liberales”, Ortega, Unamuno e incluso Antonio Machado fueron autores leídos y citados<sup>9</sup>. El fondo del asunto residía, sin embargo, en la inequívoca superioridad intelectual de la filosofía de la razón vital sobre las entelequías neoescolásticas que los nuevos usufructuarios de las cátedras habían tenido que recuperar apresuradamente gracias a su condición de vencedores de una guerra. Esto fue tan evidente que hubo que inventar un fantasma, el de un supuesto “escolar de Ortega”, al que hubo que bloquear.

Cuando ya no pudo evitarlo por estar muerto, se llevó a cabo en su Facultad de Filosofía y Letras un acto de homenaje a la memoria de su antiguo profesor de metafísica desde 1910. Salvo una intervención como la de Gregorio Marañón, lo verdaderamente significativo del acto fue el intento, hasta cierto punto exitoso en esa universidad, de declarar amortizada la filosofía de Ortega. Lo expresó claramente Ángel González Álvarez (1955: 28), quien en ese momento ocupaba la citada silla, en su discurso: Se cierra el ciclo de la modernidad, que en el pensamiento de Ortega encuentra la justa revelación teórica de los supuestos vitales que hicieron posible como tarea Así reconocida en su significado fundamental, la filosofía de Ortega se muestra hermética al ser y sin posibilidad de elaborar una ontología (..) La filosofía europea que se está desarrollando actualmente ya está liberada de la modernidad y nos ofrece un futuro prometedor en la vuelta a la metafísica (...) Estoy firmemente convencido de que un escolástico de Ortega destruiría lo mejor de Ortega, privaría a España de la incitación al futuro y lo marchitaría en un pasado pasado (énfasis agregado) En su aislamiento de La Mancha, Huéscar creía que era responsabilidad de su generación haber fracasado. Al regresar a Madrid, encontró que todo estaba diseñado para que la parte de su generación que se encontraba en el lado equivocado de la historia fracasara.

La universidad y con ella todo el sistema de centros de investigación, editoriales y revistas se cerró a los ortegianos que, como Huéscar, no tenían ninguno de los dos salvoconductos que pudieran atenuar o evitar el estatus de paria: el falangista o el católico. Laín o Aranguren tenían ambos. Marías, manteniendo en todo momento una decorosa distancia del régimen, se integró en los circuitos culturales del catolicismo. Con la distancia puede parecer increíble que la gran cuestión de esos quince años que van desde el inicio de la posguerra hasta la muerte de Ortega

(1940-1955) fuera la neutralización de la “escolasticismo de Ortega”. “Por difícil que sea de creer, el tema principal del debate intelectual de la segunda mitad de la década de 1950 -resume Santos Juliá (2004: 387) - fue si Ortega había sido una agencia para fabricar ateos”. Autores como Aranguren con su Ética de Ortega o Antonio Maravall con su libro “Ortega en nuestra situación” argumentaron que las ideas de Ortega no solo eran compatibles con las verdades cristianas, sino que “no conozco un solo caso de apostasía”, argumentó. Maravall (1959: 14) - ni provocado ni relacionado con la influencia de Ortega”.

Huéscar no tenía garantías y había decidido no buscarlas. Pero, afortunadamente, recuperó la paciencia. Su regreso a Madrid, el empleo en un centro como el Colegio Estudio, la aparición de algunas oportunidades como la dirección de la colección de clásicos de la historia de la filosofía, esos libros de tapa verdosa que editó Aguilar, precedieron al texto del clásico de un prólogo ajustado de Huéscar<sup>10</sup>. También estuvo la cercanía del profesor, que pasó largas temporadas en Madrid. Tenemos un retrato del profesor de filosofía de la escuela Estudio, a cargo de Javier Muguerza (2004: 12): Fue un profesor sobrio y poco dado al apostolado o al proselitismo, sin duda consciente del absurdo de “enseñar filosofía” y algo escéptico sobre la voluntad de sus alumnos de “aprender a filosofar”. En consecuencia, se limitó a mostrar con sinceridad cuál era para él el “ejercicio” de la filosofía y, a partir de ahí, dejó a su público en total libertad. Pero dado que ni lo uno ni lo otro era demasiado común en la enseñanza de la filosofía de esos años, el impacto de una actitud como la de Rodríguez Huéscar podría ser muy grande.

A principios de la década de 1950, Huéscar comenzó a recibir invitaciones para trabajar en universidades estadounidenses, pero tomó la decisión de no salir de España mientras Ortega viviera. Y, efectivamente, a un año de su muerte en octubre de 1955, aceptó la postulación de una de las mejores universidades de habla hispana, fundada también por un discípulo de Ortega, Jaime Benítez, la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, donde por la Así, otros españoles como Manuel García-Pelayo, futuro presidente del Primer Tribunal Constitucional de la nueva democracia, Francisco Ayala, Rodríguez Bachiller, matemático que era buen amigo suyo, o el poeta Juan Ramón Jiménez, que recibiría la Premio Nobel mientras ya residía en Puerto Rico, el mismo año de la llegada de Antonio.

## C. MÉTODO

Prestemos atención a lo que el paisaje de Montiel le sugiere al espectador. Primero, las metáforas visuales: “lúgubres barbechos”, “cruel rastrojo”, “verdor abolido por el terrible sol”. Las metáforas parecen disponerse en torno a la imagen de un cuerpo, si no torturado, luego lacerado y sufriendo: piel de la tierra quemada y torturada llena de lágrimas y pústulas. Y cuando salimos al inmenso valle de Montiel, lo que podemos ver en una colina es “la bárbara mutilación de lo que fue su castillo”, unos cantos rodados grisáceos, unos restos podridos de una muralla levantada en lo alto de una colina muy empinada. Aunque de fondo, como una aparición, el verde intenso de los chopos que rompen con la lógica del paisaje. La impresión que me da esta cadena de imágenes es la de estar frente al paisaje después de una batalla.

Pero lo que interesa a Huéscar no es la cuestión del paisaje sino su espíritu y eso implica a los hombres que lo habitan y lo construyen. Porque es obvio: no estamos hablando de un paisaje natural, virgen, sino de mucha historia. Y lo que Antonio ve detrás de la tierra, la sequedad, la aridez es "el aire que lo tiene todo de haber parado la vida"; los hombres y mujeres que transitan por sus senderos y habitan en sus pueblos son tipos humanos "con una cantidad de raza que se estremece". La expresión es extraña y difícil de entender. Un poco más abajo aclara lo que quiere decir: En el fondo de esta raza de hombres hay una turbia paja de disposiciones experienciales, producto de la decantación secular de muchos pasados. Es, por excelencia, el pasado indefinido, lo 'antiguo', lo inmemorial, casi lo legendario, el elemento en el que estas figuras vivas del retablo hunden sus misteriosas raíces (HM, 315).

Y llegamos, llevados por esta afirmación, al plano metafísico del texto que Huéscar declara con precisión en el subtítulo: la rebelión contra el tiempo. A primera vista tenemos que seguir sorprendiéndonos. ¿Quién puede rebelarse contra el tiempo? ¿No está en la textura más íntima de nuestra vida? Es más, ¿no descubre Ortega que la realidad radical y última de las cosas depende de su aparición en nuestra vida? ¿Y no es la temporalidad lo que más la constituye? Ortega ha dicho en alguna parte que la fecha de nacimiento es la mitad de la biografía de la persona. Huéscar no lo ignora. Pero precisamente porque sabe bien que la vida humana tiene en sus entrañas una estructura y una dinámica temporal, por eso, viendo a sus compatriotas del Campo de Montiel vivir como figuras quasi legendarias de un retablo anclado en el pasado, no puede por menos que sorprenderse y, como él mismo explica en otro texto<sup>12</sup>, en el alejamiento está el origen de la filosofía.

La vida humana en su dinámica tensión hace del presente, en el que cada uno de nosotros vivimos y somos, no más que una tensión entre el pasado y el futuro, un fino borde en el que se cruzan las dos dimensiones temporales que lo conforman. la realidad de nuestra vida. Además, los humanos son los únicos seres vivos que experimentan el tiempo en sus tres dimensiones articuladas. El animal habita un presente circular ordenado por el ciclo de la necesidad. Por eso Milan Kundera ha podido decir que el animal no ha abandonado el paraíso: porque ignora el tiempo: apenas tiene pasado pero, sobre todo, no tiene futuro y eso puede parecer una eternidad<sup>13</sup>. El pasado ya no es y el futuro todavía no. Ambos son simultáneamente "irreales" pero lo que da su profundidad al presente presente. La vida es un ir perpetuo del pasado al futuro, del nacimiento a la muerte; sin volver atrás: vivir es hacer las cosas a partir de lo que somos y tenemos, en vista de lo que necesitamos, queremos, queremos o aspiramos. Esto lo resume Ortega diciendo que la vida humana es un proyecto y un futuro. De ahí el asombro de Huéscar: "Imagínense entonces la extraña condición de una vida que intenta sustituir esta proyección hacia el futuro por una retroproyección hacia el pasado" (HM, 316). Y luego saca las consecuencias de este absurdo, porque el sentido temporal de la vida queda así dislocado, invertido; se vuelve una repetición, una perpetuación de lo que ya ha sido —gestos, acciones, actitudes, creencias—, un tenaz apego a formas o fórmulas, a normas y usos inveterados, arcaicos;

en resumen, se convierte en un establecimiento en el reino espiritual de los fantasmas, los aparecidos (HM, 314).

De este análisis cuelgo mi lectura política del texto. ¿No había sido el propósito de la dictadura legitimarse hablando de la grandeza del pasado después de 1945, cuando las fuerzas del Eje fueron derrotadas? ¿No se inició la operación de congelar el tiempo, de dislocar su estructura temporal? Pedro Laín Entralgo todavía había escrito un libro titulado España como problema, lleno de citas de Ortega, Unamuno, incluso Antonio Machado. A lo que Calvo Serer respondió con otro título: España sin problema. ¿La solución? Trae las glorias del pasado al presente. Era necesario vivir en la filosofía de Tomás de Aquino y Suárez, es decir, una filosofía que se autodenominara -con orgullo- *philosophia perennis*. Habían refutado a Kant, a Hegel y mucho menos a Marx. Ortega había sido desafiado por Menéndez Pelayo incluso antes de que comenzara a escribir *Meditaciones sobre Don Quijote* (1914). Y la mitología para el consumo popular pasó, como se sabe, desde los Reyes Católicos y el Gran Capitán hasta Agustina de Aragón y, por supuesto, Santiago y cierra España. De hecho, cerrar España había sido el sueño del dictador. Ortega había diagnosticado el síndrome de la decadencia en la España de los Habsburgo, hablando de tibetanización, de una especie de aislamiento del resto del mundo que se había producido entonces. Huéscar utiliza la metáfora para aplicarla a su presente: segunda entrevista de tibetanización en el paisaje del Campo de Montiel. El texto puede leerse como una alegoría del español que vive su exilio interior, en 1951, condenado a la alucinación o la melancolía.

Pero volvamos a lo que le importaba a Huéscar, que no era más que el problema humano, histórico y metafísico de esa forma de vida. No ignoraba una objeción evidente: ¿no habían llegado la aspirina y el motor de explosión al Campo de Montiel, es decir, no se habían hecho realidad allí los avances de la civilización técnico-industrial? La respuesta es sí, pero que esto operaría en un plano de existencia bastante superficial, que no afectaría las áreas profundas del alma, descrita por Antonio como un "alma hermética e inerte", propicia para la alucinación que surge cuando la realidad es rechazada y negada, reemplazada por la imposibilidad de habitar un pasado destruido precisamente por el trabajo del tiempo.

Hablamos de La Mancha y eso quiere decir que Don Quijote, el gran alucinado, no puede estar lejos. Huéscar vincula el alma del hombre de Montiel con el alma quijotesca. El análisis del alma de Don Quijote es quizás la parte más ambiciosa e interesante del texto. Nuestro autor reconoce plenamente la complejidad del problema. Por ahora, hace una primera distinción: estamos hablando de Don Quijote, el personaje, no la novela, es decir, no la perspectiva de Cervantes sobre su personaje; segundo: se trata de admitir dos dimensiones en el alma de Don Quijote: la del alucinado incapaz de tocar la realidad que Huéscar interpreta como fruto de un alma inercial. Esta descripción chocará, en oposición a la habitual interpretación romántico-idealista (y unamuniana) que juzga al Caballero por su esfuerzo, un alma perpetuamente excitada por una voluntad que no se ajusta a lo real en la afirmación de un ideal. Pero prestemos atención al matiz: Don Quijote está lleno de la inercia de su propio sueño, incapaz de corregir la trayectoria, es decir, incapaz de interpretar los desafíos que la vida le impone. No se discute que se esfuerza y lucha,

pero siempre en el sueño. El efecto cómico de la novela reside precisamente en el hecho de que Don Quijote hace todo lo posible por defenderse de la realidad, por violenta y energética que sea o por ridícula que sea. De ahí su conclusión antirromántica: "Don Quijote es sólo el sueño de un héroe alojado en el cerebro de un loco" (HM, 323).

Esto no es incompatible con la intensa admiración que despierta Don Quijote y que Huéscar no regatea: "Gracia y grandeza están en este trágico y honorable esfuerzo por imponer a la brutal realidad un canon de perfección ideal" (SM, 324). Pero es su voluntad la que es heroica, no su razón alienada. Y por eso está condenado a reconocer, cuando finalmente la realidad obstinada lo obliga a curarse, que logra poco con sus esfuerzos. El propio caballero parece darse cuenta cuando exclama: "Y hasta ahora no sé qué he logrado a fuerza de mi trabajo".

Huéscar prueba la coincidencia entre un rasgo decisivo del alma del hombre de Montiel y el de Don Quijote, el de su locura, el de su existencia alucinada. Pero, ¿qué pasa con la otra esencia, la digna de la admiración de Don Quijote, su voluntad, su esfuerzo por acercar este mundo a su mundo de ideales? También lo encontrarás, escondido donde menos se puede esperar. Con una lógica que no admite respuesta, afirma en relación con el objeto de la voluntad: "ser menos vida significa ser más muerte".

Para comprender el giro insólito que da Huéscar a su argumento, notemos que su interpretación del héroe quijotesco tiene en cuenta la superación o corrección de la figura moral del "héroe", que Ortega realiza entre su primera lectura como héroe del testamento<sup>15</sup> y el segundo en el prólogo "Lector" de la misma obra, escrito dos años después, donde aparece un héroe cercano a la circunstancia, que tiene que evitar la obsesión romántica que solo se fija en las "compañías remotas", proyecta voluntad "hacia la conquista de lejanas ciudades esquemáticas" (I, 754). Huéscar critica a Don Quijote desde una concepción del ideal absolutamente no utópica, no idealista.

Pero tampoco actúa aquí el ser-para-la-muerte de Heidegger, esa otra negación del idealismo. La razón vital de Ortega había vacunado a sus discípulos contra lo que otro de ellos, el buen amigo de Antonio, José Gaos, llamaba con expresión mexicana "despierta la metafísica". Huéscar reflexiona sobre lo que mueve a Montielense a despreciar la vida y descubre que el motivo es precisamente, que es temporal, que es escasa y pobre, que se acaba pronto. No aspira nada menos que a que la vida sea eterna y parece conformarse con nada menos. De ahí la rebelión contra el tiempo, única vía para afirmar la eternidad en la vida corporal y finita. Nos adentramos de lleno en el terreno de la paradoja y Antonio se dirige al gran maestro español de las paradojas, Unamuno, que en realidad no pensaba de forma diferente a como pensaba el hombre de Montiel. Huéscar asocia la actitud del hombre de Montiel al tema barroco de la vida es un sueño. De Calderón a Unamuno, la experiencia del paso del tiempo se vive como irrealidad: "ella aspira a que el tiempo pase ante ella, sin que ella tenga, por tanto, que pase" (HM, 331). Pero sólo cuando el presente es negado, condenado a pasar, y los sueños se hacen en un presente continuo, es posible aliviarse en la ficción de la eternidad. Al precio de no vivir, de ignorar el imperativo de

salvar la circunstancia. Y aún es posible que Huéscar esté pensando, no en el perfil del hombre del sur de La Mancha, sino en el español en general y el español en una fecha determinada del siglo XX. En un momento dado, el tema de la reflexión no es el habitual “hombre de Montiel”: “Tocamos este tema —la actitud del hombre ibérico frente al tiempo— algo donde uno de los secretos más serios y profundos del español el alma late” (HM, 331). ¿Qué vínculos, igualmente secretos, podría haber entre ese trasfondo ibérico del alma española y la experiencia relativamente reciente de esa guerra civil que no terminó?

¿Qué significa una vida que quiere ser muerte, que estando en su corazón el tiempo se rebela contra el tiempo? Unamuno sabía que la vida humana tiene un solo sentido: “Como siempre, va hacia el futuro; el que camina va hacia él, incluso si camina hacia atrás”. Una niña comparte un cierto apetito por la eternidad con el hombre de Montiel. Ese es el aspecto ideal y heroico de una existencia, aunque ciega a una dimensión constitutiva de la realidad humana: la dimensión de la expectativa. Huéscar describe la experiencia del presente en el hombre de Montiel como “el pasado indefinido de lo que siempre fue o el futuro perfecto de la supervivencia ultramundana” (HM, 332).

Si lo comparamos con otra experiencia del presente, por ejemplo, la puesta en escena por Samuel Beckett en su famosa obra *Esperando a Godot*, notamos que también hay una especie de negación de la dinámica temporal, de la vida vaciada del futuro. La interminable conversación entre Vladimir y Estragon va y viene sin llegar a ninguna parte. Es como si caminaran sobre un cinturón en movimiento que se desliza en sentido contrario a sus pasos, de modo que siempre están en el mismo lugar, como en la representación. Por más que lo intenten, no pueden escapar del árbol muerto. Estamos ante una metáfora del nihilismo moderno. Nada tiene sentido, nada tiene valor. Sabemos que Godot, el dueño de los nombres de las cosas, no llegará. Pero no es el caso del de Montiel, que no espera a nadie; al contrario, sabe adónde va y qué quiere. Solo lo que quiere es imposible: eternidad, quietud. Y luego la vida se convierte en una larga serie de negaciones y silencios. El hombre de Montiel se vuelve místico. El ensayo termina como empezó, sintiendo en palabras su paisaje: tempo muy lento el de este paisaje del Campo de Montiel, como el de la vida de sus habitantes. Las colinas agrias y calvas, chamuscadas; las glebas marrones, bermellones o púrpuras, extendiéndose ligeramente y ulando, a distancias remotas; los desiertos del desierto; el reposo ensordecido del páramo unánime, donde la soledad se cuaja con la angustia de una tierra pura; todo habla aquí con la voz del sueño, la ausencia y la muerte (HM, 335).

Pero no fue solo una negación de este mundo lo que Huéscar vislumbró ante el Campo de Montiel. Quizás el texto admita otra lectura. Quizás pueda interpretarse como un encantamiento metafórico contra ese paisaje de posguerra. Por eso prefirió dejar la esperanza colgada del gancho de un interrogatorio: ¿de qué no será capaz este hombre de Montiel cuando despierte de su ensueño? (HM, 336).

#### D. RESULTADO Y DISCUSIÓN

Como decía, en 1956 Antonio decidió probar suerte, como tantos españoles, antes y después de la guerra, en América. El destino elegido es la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, fundada en 1942 en una planta de Ortega por Jaime Benítez. Esto significa que se prestó especial atención a las Humanidades y se atendió la formación de especialistas - abogados, ingenieros, etc. - en materias ajenas a su campo como la filosofía o la historia, evitando así la figura del hombre-masa que identificaba Ortega, como "el especialista". Huéscar enseñó en la Facultad de Humanidades. Entre sus cursos podemos citar "Las dimensiones ético-metafísicas del problema de la verdad", "Los modos de acceso a la realidad", "Tiempo y posibilidad", "Ficción y realidad", entre otros. Es fácil detectar la orientación que Huéscar dio a su docencia, en correspondencia con el sesgo que le dio a su investigación y profundización en la teoría de la razón vital: la dimensión de lo real, es decir, la metafísica - entendida como filosofía primaria - de la vida humana. La aproximación al núcleo de la metafísica de Ortega fue su tesis doctoral sobre *El problema de la verdad en Ortega*, defendida en 1961 y dirigida por José Luis López Aranguren, aparecida publicada en 1966 con el título *Perspectiva y verdad* (Madrid: Revista de Occidente). (1999, 399), en carta sin fecha, de 1969, acusa recibo del libro en los siguientes términos: Desde Perspectiva y Verdad les diré ahora sólo una cosa de las muchas que me ha hecho pensar, pero que las resume en un juicio de valor. La satisfacción que habría sentido nuestro maestro común al encontrar contestada de tal manera (...) esa pregunta suya de si sus discípulos se dieron cuenta de todo lo que había implicado en su razón vital.

Las tareas de docencia e investigación se combinaron con las funciones de secretario editorial de *La Torre*, una de las mejores revistas de filosofía en lengua española de las décadas de 1950 y 1960. También estuvieron las tertulias de vecinos como Juan Ramón Jiménez, Federico de Onís, Manuel García Pelayo, a las que se sumaron las frecuentes y periódicas visitas de José Gaos, David García-Bacca, Manuel Granell, Julián Marías, Pedro Salinas, Jorge Guillén y otros.

## E. CONCLUSIÓN

Huéscar decidió regresar en 1971. Mientras tanto las formas de la dictadura se habían suavizado, había una cierta sociedad civil que podía hacer vida fuera de las instituciones. Juan Pablo Fusi (2017, *passim*) ha descrito en sus *Espacios de libertad* los dos momentos en los que se articuló la cultura española, primero bajo la vigilancia de las instituciones franquistas y luego fuera de ellas e incluso contra ellas, desde finales de la década de 1960. principios de los setenta.

Un gesto de normalización fue el reconocimiento al curso-oposición que aprobó Huéscar en 1936 y su ingreso al cuerpo de profesores del Instituto de Educación Secundaria, que decidiría el eje principal de su actividad como profesor de filosofía hasta su jubilación.

Si se puede hablar de un segundo exilio, aunque la España a la que regresó era muy distinta a la que dejó en 1956, es porque su destino habría sido acceder a una universidad o institución de investigación, o haber tenido la campo para publicar en revistas y editoriales y recibir invitaciones a seminarios y conferencias. Pero Ortega seguía siendo ajeno a la universidad, aunque ahora por

otros motivos, con otras asignaturas, aunque con los mismos argumentos: Ortega no era filósofo; se quedó en lo literario con ideas<sup>19</sup>. Y Huéscar siguió cantando su canción con una fidelidad inquebrantable. En un país donde el más tonto se cree capaz de ser ministro, Huéscar tuvo la audacia de declararse discípulo y aspirar a estudiar y esclarecer la obra de su maestro. Naturalmente, su gesto fue ignorado cuando no despreciado. Prueba fehaciente de lo que digo es que tuvo muchas dificultades para publicar. Desde su regreso, solo ha publicado un libro, *La innovación metafísica de Ortega* porque ganó un concurso convocado por el Ministerio de Educación para conmemorar el centenario del nacimiento de su maestro.

Con motivo de dicho centenario en 1983 hubo una cierta actividad más social que intelectual en torno a Ortega. Quiero decir que la Fundación José Ortega y Gasset se creó gracias al esfuerzo de Doña Soledad, la hija del filósofo, y la generosidad del gobierno socialista de Felipe González. Mi impresión es que ese aniversario no cambió nada fundamental en cuanto a la situación de Ortega en el horizonte de la filosofía en lengua española. Así lo percibió Huéscar, que lo plasmó en varios artículos escritos en esos años, cuyos títulos son suficientemente significativos: "Ortega clásico prematuro" o "Presencia y latencia de Ortega". Lo que llegó a ver Huéscar es que la acogida anómala de una filosofía tan relevante, tan en el "auge de los tiempos", aún no se corrigió. Sí, Ortega se hizo "un clásico", pero con la condición de que no tuviera que leerlo. Después de todo, lo entendió todo.

Tenía dos libros listos para publicar para los que no encontraba editor y que aparecerían póstumamente, *Semblanza de Ortega* y *Ethos y logos*. El primero incluía todos los artículos que había dedicado a glosar la figura y la filosofía de su maestro; el segundo contenía su obra más ambiciosa y original, ya que trascendía los límites de la razón vital, ofreciendo una solución diferente al problema de la verdad.

En el momento en que la muerte lo sorprendió, estaba preparando un curso de verano en El Escorial con Ferrater Mora sobre un tema que les había interesado mucho a ambos: la relación entre filosofía y novela.

## REFERENCIAS

1. Esteban, E. (2015) "Antonio Rodríguez Huéscar and José Ortega y Gasset: three letters" in Under Word. Philosophy Magazine, 2015, epoch II nº 11: 19-39
2. Ferrater Mora - Rodríguez Huéscar, (1993), Bulletin of the Institución Libre de Enseñanza, Madrid, nº 16: 7-34, and nº 17: 7-32, 1993. (Edition of J. Lasaga).
3. Fusi, J.P., (2017), *Spaces of freedom. (Spanish culture under Franco and the reinvention of democracy, 1960-1990)*. Barcelona: Gutemberg Galaxy.
4. Gaos, J., (1999) Complete works, Epistolary and private papers, vol. XIX, Mexico: National Autonomous University of Mexico.
5. González Álvarez, A. (1955) "The thought of Ortega and the future of philosophy", in a ceremony in memory of professor José Ortega y Gasset, Madrid: University of Madrid.

6. Juliá, S., (2004), Histories of the two Spains, Madrid: Taurus.
7. Laín, P. (1955), Act in memory of Professor José Ortega y Gasset, Madrid: University of Madrid.
8. Lasaga, J., (2011) "Antonio Rodríguez Huéscar: the 'school' moment of a philosophy", Calanda, Bulletin of Philosophy and Culture Studies Manuel Mindán, VI, 107-120
9. Lasaga, J., (2013), " The invention of Ortega", in Circumstance, Electronic Magazine of the Ortega-Marañón Foundation, Madrid, nº 30, January.
10. Maravall, A., (1959) Ortega in our situation, Madrid: Taurus.
11. Mindán, M., (2001), "The teaching of José Gaos in Spain", in Teresa Rodríguez de Lecea (ed.), Around José Gaos, Valencia: Alfons el Magnanim Institution.
12. Muguerza, J. (2004), "Profile of Antonio Rodríguez Huéscar", Prologue to Ortega's metaphysical innovation. Criticism and overcoming idealism, Madrid, New Library.
13. Ortega y Gasset, J., (2004-2010) Complete works, Madrid: Taurus-José Ortega y Gasset Foundation.
14. Padilla J. (2004), Antonio Rodríguez Huéscar or the appropriation of a philosophy, Madrid: Biblioteca Nueva - Fundación José Ortega y Gasset.
15. Rodríguez Huéscar, A. (1964), With Ortega and other writings, Madrid: Taurus.
16. Rodríguez Huéscar, A. (1964), "On the origin of the theoretical attitude" in Con Ortega and other writings, 93-114.
17. Rodríguez Huéscar, A., (1994), Profile of Ortega, Ciudad Real: Anthropos-Diputación de Ciudad Real. (Edited by J. Lasaga).
18. Rodríguez Huéscar, A., (1996), Éthos y lógos Madrid: National University of Distance Education. (Edited by J. Lasaga).
19. Rodríguez, Eva, (2015), "Testimony:" When Antonio Rodríguez Huéscar, my father ... "in Under Word. Philosophy Magazine, epoch II nº 11, 37-39.
20. Unamuno, M., (2005) Of the tragic feeling of life, Madrid: Tecnos.